

## FIN DE LA UNIVERSIDAD Y RESPONSABILIDAD DE LOS UNIVERSITARIOS

-Entrevista al Profesor Ramón Eduardo Ruiz Pesce-

**Prof.**(Revista Profesionales) -¿Cree Ud. que la crisis actual por la que pasan las Universidades Nacionales en general y la UNT en particular, pueden ser calificadas como de una “tragedia universitaria” en el sentido en el que habla Jaim Etcheverry de nuestra “tragedia educativa”?

**RP** (Ruiz Pesce) -Creo que la palabra “tragedia” resuena en nosotros con un significado claramente negativo; y no tengo dudas de que el panorama universitario actual es muy sombrío, pero prefiero caracterizar la situación universitaria empleando concientemente un término ambivalente; creo que estamos ante **el fin de la universidad**, “fin” en el sentido de la paulatina declinación y letal agonía de la institución universitaria, y “fin” en el sentido del propósito fundamental que encarna y revitaliza la idea de la universidad. La visión sólo trágica apuntaría a una inexorable agonía y muerte de la universidad; el ideal o la utopía universitaria, en cambio, daría sentido a nuestras luchas por repensar y reformar –con una nueva reforma- la universidad; ello insuflaría nuevo espíritu universitario a nuestros emprendimientos académicos, honrando las raíces y no renunciando a los sueños y a las alas que inspiren la universidad del mañana. Pero la clave para dirimir y optar entre estos dos “fines” de la universidad, el trágico y el ideal, reside fundamentalmente a mi entender en nuestra actitud como universitarios; el destino universitario se juega en el compromiso intelectual y moral de los universitarios ante la crisis. Ante un fin trágico y fatal de la universidad los universitarios sólo seríamos convidados de piedra, jugaríamos un papel secundario; allí no seríamos más que espectadores; quejosos, pasivos, indolentes o impotentes espectadores; encarnar y luchar por un proyecto ideal de universidad, en cambio, nos compromete como protagonistas; y yo apuesto a que la conquista de una universidad digna de ese nombre reside en la responsabilidad que tenemos ante ella los universitarios; yo apuesto a que la crisis actual es la oportunidad que nos desafía a repensar, y, me animo a decirlo, estamos ante el desafío de recrear la U.N.T.; apuesto a esa utopía, apuesto a la capacidad de que comulguemos con el sueño de refundar una universidad de la que nuestros hijos y nietos puedan mirar con la gratitud con la que nosotros miramos a la generación de los fundadores de la U.N.T., los Juan B. Terán, los Alberto Rougés y el resto de la Generación del Centenario.

**PJ:** ¿Qué papel cree Ud. que debería jugar la universidad en estos momentos tan perturbadores que han seguido al horror de los ataques terroristas recientes a las Torres Gemelas en Nueva York y al Pentágono en Washington? ¿No reproduce una “utopía universitaria” como la que usted menciona esas metáforas de la torre de marfil o de la campana de cristal en las que se aíslan los intelectuales?

Usted conoce lo que dice el poeta, “Ningún hombre es una isla, ni está completo en sí mismo... la muerte de cualquier hombre me empequeñece, porque estoy integrado en la humanidad; por eso no envíes a nadie a preguntar por quién doblan las campanas, porque doblan por ti.” Y fue el filósofo alemán Karl Jaspers

quien se refirió a la cuestión de la “culpa alemana” respecto del nazismo, y aludió a la “responsabilidad de los universitarios” en ella, afirmando que, se lo quiera ver y aceptar o no, toda filosofía es esencialmente política. Eso no obsta para reconocer que la relación entre el mundo académico y el mundo político nunca fue armoniosa; recuerde usted que Sócrates fue condenado a muerte, y aceptó ir a la muerte, luego de un juicio en que se le acusó de subvertir y corromper la mente de los jóvenes de Atenas. No parece que una copa de veneno tenga mucho que ver con torres de marfil o con campanas de cristal. Y el filósofo Sócrates era un cabal ciudadano ateniense; es más, él estaba convencido de que habían sido los mismos dioses quienes le habían mandado a la ciudad, a la polis, para despertar a sus conciudadanos; y todo ciudadano es un político, algo que los argentinos de empobrecida conciencia cívica solemos ignorar. El filósofo ateniense pudo haber escapado de ese trágico destino político, pero se negó a liberarse al precio de desobedecer a las leyes de la ciudad; no sería correcto, dijo Sócrates, que haya participado durante toda una vida de los bienes del estado, y luego, cuando las cosas se tornan desagradables para mí, rehusara acatar las leyes del estado. La obligación ineludible que le dictaba su conciencia, su “demonio” interior, era obrar con justicia, obrar conforme a la ley.

El magisterio ético y político de Sócrates atesora una enseñanza preciosa para los ciudadanos argentinos en general y para los universitarios en particular; en la medida en que los argentinos solemos vivir “al margen de la ley”, o haciendo caso omiso de ella, como si las leyes no rigieran para nosotros, y sólo valieran para los demás; resulta que, para nuestra desgracia como comunidad, todos “los demás” piensan lo mismo, lo cual nos conduce a una desconfianza recíproca, lo cual conlleva como resultado social o comunitario, la falta de credibilidad y de viabilidad de nuestra cultura política; y allí se encuentra nuestro grave riesgo de caer en un grado cero de legalidad, una especie de “default” jurídico o insolvencia política; que en términos prácticos significa que vivimos “sin ley”, es lo contrario de un “estado de derecho”, y, sumergidos en el “estado de naturaleza” o la “ley de la selva” que rige nuestra convivencia, debemos someternos a cualquier poder fáctico que nos tome como rehén, y nos impone la ley del más fuerte.

Es por todo ello que con razón se dice que la sociedad argentina es “anómica”, vive ilegalmente, y nuestra estable inestabilidad e incertidumbre nos hace orillar cotidianamente el abismo de la anarquía, la ingobernabilidad y la autodestrucción. Y ello no es un invento “moderno” en nuestra América; no es una tara reciente la argentina “tara de la voluntad” como la llamó Roberto Arlt. Ya desde la época de la conquista y de la colonización, en la que las humanitarias Leyes de Indias prescribían cuidar y proteger a los indios, considerándolos hombres cabales, súbditos no esclavos, al llegar a estas costas, la legislación se tornaba inocua, perdía su vigor prescriptivo; eran leyes que “se acatan, pero no se cumplen”, según rezaba el cínico axioma de los mandamases de turno; y el incumplimiento de las leyes no significaba otra cosa que la explotación de los “indígenas”. Y en nuestros días más modernos o postmodernos, el salvaje modelo neoliberal que nos rige está produciendo masas de nuevos “indígenas”, que son los marginados o excluidos del modelo; y, como se ha dicho, la “Argentina indecente” del menemismo llevó adelante estas políticas neoliberales, impulsadas

con un populismo pragmático que nos condujo a un modelo pensado para diez millones de habitantes en condiciones de participar del mercado de consumo, y el resto, más de veinte millones, condenado a una marginalidad creciente. Y el marginado, el excluido, pierde las esperanzas de las reglas de juego democrático, y ello a su vez incrementa la violencia, ya que la exclusión y la desigualdad económica extrema, no sólo socavan la legitimidad democrática sino que engendran la delincuencia violenta y aumenta la criminalidad. Ya Platón lo veía así cuando afirmaba que era claro que “en todo Estado en que veas pobres, hay ladrones, rateros, sacrílegos y malvados de toda especie”.

Usted sabe que me dedico a enseñar filosofía, aclaro esto para que no se crea que estoy haciendo una apología corporativa del platonismo, proponiendo instaurar a algún “rey filósofo” que nos lleve a buen puerto. Tengo muy claro el hecho de que así como la política cometió sus pecados contra la filosofía en la persona de Sócrates, a renglón seguido los filósofos comenzaron a cometer sus pecados contra la política. Y fue precisamente Platón el pionero de los pecados filosóficos contra la política; desde su experiencia, por cierto fracasada, como asesor de los tiranos en Siracusa, hasta nuestros días, los filósofos han estado atrás del trono, y hoy siguen asesorando a los dictadores y tiranos de turno; incluso a los dictadores que se invisten de simbología democrática; es por ello que se cumple ese aserto de que atrás de un cañón siempre hay un filósofo, lo hay hoy detrás de Bush, detrás de los Talibanes... y detrás de los argentinos en el variopinto muestrario de los fascismos que han asolado nuestra escena política, desde el populismo peronista al militarismo de la Ideología de la Seguridad Nacional y la defensa del “Occidente Cristiano”, de los abortados intentos del marxismo hasta el Neoliberalismo y el Capitalismo Salvaje pasando por la ineptitud crónica de los radicales, en sus versiones alfonsinistas o delarruistas, parejamente ineptas para gobernar al país.

**Prof.:** Pero volvamos a la situación universitaria en la Argentina; lo que transmiten los medios de comunicación es que reina la confusión, profesores que hacen paro y otros que no, alumnos que reclaman volver a las aulas y otros que cortan las calles; las autoridades, desconcertadas e impotentes, parecen ser más parte del problema que de la solución... ¿cuál es la situación en la que se encuentran nuestras universidades nacionales hoy?

**RP:** Sería muy presuntuoso de mi parte realizar un diagnóstico sobre esta crisis, que creo que no es terminal y trágica, pero creo también que todos coincidimos en que es muy profunda y compleja; en los diagnósticos y pronósticos y proyectos empiezan a ramificarse hasta la confusión total las propuestas de acción o las resignaciones derrotistas o fatalistas. Y allí, donde reina la confusión y la sensación de impotencia, me comprenden las generales de la ley. Lo que sí me animo a decirle al respecto es que sea cuál fuese el camino de salida de este atolladero, creo que no puede darse sin una discusión a fondo de la comunidad universitaria sobre cuál es el “fin”, cuál la misión de la universidad en la actual encrucijada histórica. Sin ese **diálogo y debate** sobre las ideas fundamentales que debieran reencauzar la marcha de la universidad, seguiremos debatiendo desde lo anecdótico y efímero; discutiremos si tenemos que unirnos a los piqueteros para luchar por la salvaguarda de la “universidad pública y gratuita”, o si tenemos que acercarnos a grandes inversores o “sponsors” privados para que

financien ciencia y docencia; polemizaremos si tenemos que arancelar o no arancelar los estudios universitarios; si tenemos que poner pruebas de ingreso y cupos o no; etcétera, etcétera. Detrás de todas esas disputas, en el fondo anecdóticas, efímeras y contingentes, lo que ciertamente padecemos con gravedad crónica en la universidad y en la sociedad es un **déficit de diálogo**; y eso es como decir que nos falta la savia y los nutrientes esenciales que hacen a una comunidad universitaria en particular y a una comunidad política en general. En los hechos la universidad nace históricamente como la comunidad de los que enseñan y de los que aprenden; la comunidad o los gremios de maestros y de alumnos, reunidos en la común búsqueda de la verdad; verdad que era laboriosamente “peleada”, palmo a palmo, en las “cuestiones disputadas” de las universidades medievales; aquella no era ninguna edad de oro, y ésta ciertamente tampoco es, las edades áureas son los “velos de la ilusión” para no afrontar la realidad, pero en aquellas aurales disputas universitarias encontramos las raíces ciertas del modelo de la universidad por la que vale la pena comprometerse y luchar.

Y hoy, se ha dicho bien, la corrupción de la atmósfera pública de la discusión en el seno de la sociedad, se debe en medida significativa a que falta el arquetipo, el paradigma de la discusión pública; modelo y paradigma que debiera encarnar la universidad. ¿Qué discusión universitaria recuerda usted que haya sido gravitante para el establecimiento de las políticas que estén al servicio del bien común? ¿qué se discute en las universidades? ¿Se discute algo? Le doy un caso pequeño que puede ilustrar esto; desde el Centro de Estudios Regionales al que pertenezco, presentamos a la UNT un proyecto de seminarios para “diálogos y disputas sobre política educativa y educación política” en la universidad; inicialmente aprobado con entusiasmo por las más altas esferas de decisión de la UNT, dicho proyecto fue cayendo en el cono de sombras donde la onerosa politiquería barata fue poniendo en marcha la “máquina de impedir”; no lograron impedirlo del todo y el proyecto subsiste, tratando de hacer pie en nuevos surcos que nos encaminen hacia una nueva UNT.

En relación directa con la variable argentina de la crisis universitaria, vuelvo a sumarme al lúcido diagnóstico de Jaim Etcheverry y añado el de Marcos Aguinis. El primero mostró con implacable lucidez la triste paradoja educativa de los argentinos, quienes interrogados hoy por su estimación sobre su educación personal y la de su familia, dicen que es buena o muy buena, y, a renglón seguido, cuando se les pide que den su opinión sobre el sistema educativo argentino, señalan que es regular o malo. Cómo explicar que un argentino en lo personal o familiar haya logrado educarse bien en un sistema educativo malo, es un misterio que dejamos sin resolver. Haciendo este test a habitantes de Corea, Japón o China, por mencionar unos pocos países con otra cultura educativa; todos ellos tienen en baja o muy baja estima su propia formación, pero confrontados con evaluaciones de la calidad de su educación sus respuestas son más que buenas. Esta disparidad entre la alta estima y el bajo rendimiento nuestros y la baja estima y el alto rendimiento de la educación asiática, por ejemplo, muestra que la tragedia educativa no es una cuestión natural sino cultural; volvamos, pues, al “principio responsabilidad” que señalamos al comienzo; afrontemos que nuestra pauperización educativa es la tragedia que sabemos conseguir; y ello lo logramos

asumiendo los dictados de los nuevos pedagogos; la banalización, la vulgarización, la trivialización, el facilismo, la imposición del homo videns suplantando al homo sapiens, la sustitución de los libros por las computadoras y la televisión.

Además, y como si ello fuera poco, conspira en contra de la consecución de estos ideales universitarios la “corporación de los pedagogos”, que en Argentina son influyente legión; ellos han copiado un modelo educativo que ya había fracasado en España, la que a su vez lo había copiado del fracaso del modelo en Suecia. O sea, aquí estamos simplemente reproduciendo un modelo educativo con un fracaso al cuadrado. Quizá la más ominosa falla del gremio pedagógico consista en programar las reformas y planes educativos poniendo el acento en las técnicas y no en los fines, con lo que producen una distorsión en los fines ideales que deben orientar la formación escolar y contribuyen al vaciamiento y fin “trágico” de la escuela. El perfil del maestro como “facilitador” y no como testigo de lo esforzado y hermoso que es el estudio, es un efecto de esas funestas “renovaciones pedagógicas”. Como lo ha dicho Edgar Morin en “La cabeza bien puesta”, cuanto más inciden la técnica en la educación y en la política, se produce una regresión en la sabiduría y en la educación política del hombre; cuando los tecnócratas ocupan prepotentemente el centro de la escena, los ciudadanos son sometidos a su arbitrio; luchar por una “democracia del conocimiento” implica volver a escuchar al poeta que clama por saber dónde ha quedado el conocimiento “que perdemos en la información”, y dónde la sabiduría “que perdemos en el conocimiento”.

Por su parte, Aguinis nos puede prestar el título de su último libro para caracterizar nuestra situación universitaria como la del “atroz encanto de ser universitarios argentinos”. El famoso escritor supo ser Secretario de Cultura durante la Presidencia de Raúl Alfonsín, o sea que no se le puede imputar falta de afecto o simpatía por el Radicalismo, lo que hace su testimonio doblemente valioso. Él ha desnudado todas las lacras de este vaciamiento universitario que vienen perpetrando los radicales desde que retornó la democracia; caso emblemático el caso de Shuberoff y la UBA. ¿Qué quedó de la Reforma Universitaria? “Quienes la hemos celebrado y defendido”, dice Aguinis, “nos entristecemos al advertir sus innegables síntomas de ocaso”. El poder de la política universitaria radical “nunca tuvo más aceptación que ahora, porque rige en las treinta y siete universidades nacionales del país”, pero ahora convoca a sus huestes con una desteñida bandera, “bajo la cual se amontonan intereses corporativos, facilistas y también corruptos”. Los intereses facciosos y el olvido de la excelencia han determinado que casi todas las universidades públicas –para no hablar de las privadas- se hayan convertido en fábricas de graduados mediocres. Aguinis no deja mito o tabú reformista en pie: el ingreso y más grave aún, el virtual egreso irrestricto, adoptando el facilismo de evitar aplazar, dando infinitos recuperatorios, aprobando a toda costa, estratagemas para velar aquello de que no se debe hablar, de la decadencia de nuestro sistema educativo. ¿Y las organizaciones estudiantiles? Hoy luchan retóricamente sobre modelos del país, política internacional, y concurren a los escarches contra la pasada dictadura. Esto está bien en tanto enriquecen al alumno con ingredientes que no son exclusivamente profesionales; pero, dice Aguinis, casi nunca ponen el acento en la

capacitación docente, ni en conseguir un nivel más alto de conocimientos. Califican de “conquista estudiantil” una medida cuyo propósito es zafar, estudiando menos. Sé que me estoy criando enemigos, dice y le acompaño, pero tengo esperanzas de que en algunos años, cuando adviertan que el clientelismo es trampa y no bendición compartirán lo que ahora digo. Esta universidad de masas vigente, con ingreso irrestricto y sin arancelamiento alguno, puede ser la universidad de la contención social, sí, pero también de la demagogia, la ceguera política y la mediocridad académica. Los treinta y siete rectores de las universidades públicas, dice Aguinis, cerraron sus deliberaciones interuniversitarias del año 2000, con declamatorias oposiciones a “las ideas mercantilistas que buscan transformar la educación superior en un bien transable reservado casi exclusivamente a los sectores más favorecidos de la población”, sin aclarar qué propuestas tenían ellos para frenar el exponencial aumento de la deserción universitaria y cómo revertir la lastimera decadencia de la calidad académica de las universidades. Y siguiendo con el tren de decir que la universidad está desnuda, Aguinis apunta a la cuestión del arancelamiento, nudo de una vieja trampa en la que sucumbimos los argentinos, por no tener coraje para afrontar los datos de la realidad, algo que nuestros vecinos de Brasil ya hicieron; allí el debate del arancelamiento se trasladó al congreso, el cual descubrió algo evidente pero negado “los ricos estudian en universidades estatales (gratuitas) y los pobres en las privadas”. Por cierto que ante los recortes presupuestarios que nos impongan desde fuera los universitarios debemos luchar a brazo partido, reclamando por los fueros de nuestra autonomía y nuestra autarquía; pero ello no debe hacernos perder de vista el derroche de un presupuesto universitario que no es magro, pero que sin duda dilapidamos en una distribución presupuestaria muchas veces oscura y no inmune a corruptelas, amén de una faltante discusión de una asignación presupuestaria más racional y equitativa, donde primer criterios académicos y no los del clientelismo político o la mera ineficiencia e ineptitud de los funcionarios de turno.

**Prof.:** Y, a fin de cuentas, cómo ve usted la cuestión del fin de la universidad, tensionado entre la tragedia y la utopía.

**RP:** En el cuadro de la tragedia educativa que pintó Jaim Etcheverry queda claro que la nuestra es una “sociedad contra el conocimiento”. La nuestra no es sólo una sociedad que vive al margen de la ley, es una sociedad que se aproxima peligrosamente al abismo de ser una sociedad sin escuelas, una sociedad sin maestros. La revolución educativa que debiera convocarnos para no terminar sucumbiendo en la tragedia y orientarnos hacia la utopía de una sociedad del saber, radica a mi juicio en una **recreación de la cultura del diálogo**, y no hay diálogo si no hay un cultivo del arte de disputar, que consiste en saber escuchar y en saber hablar. No hay escuela sin diálogo, no hay universidad sin esa polémica disciplinada, polémica que es confrontación y que es diálogo.

Como enseñó Pablo Freire, “nadie educa a nadie, nadie se educa solo, todos nos educamos, los unos a los otros, en diálogo sobre el mundo”. La promesa y la esperanza de la liberación proviene de la “pedagogía del oprimido” y de la “educación como práctica de la libertad”. Alfabetizándose, recuperando su propia palabra, los oprimidos se liberarán a sí mismos y liberarán a los propios opresores. Y la eficacia liberadora de la pedagogía del oprimido radica en el amor,

fuerza motriz del diálogo; obras son amores y no buenas razones; los maestros enseñan con su testimonio de vida No dijo otra cosa Pablo VI cuando nos convoca a construir la utopía de la “civilización del amor”; emprendimiento histórico viable ante la única pedagogía posible y necesaria, la pedagogía liberadora del testimonio, porque “los hombres escuchan más a los que dan testimonio que a los que enseñan, y si atienden a los que enseñan es porque dan testimonio”.

### Currículum Vitae

Nace en San Miguel de Tucumán en 1953. Casado con María Constanza Villares. Tiene cinco hijos: Santiago, Isabel, Juan Pablo, Ana y Ezequiel Ruiz Nicolini. Licenciado en Filosofía, UNT, 1977. Licenciado en Historia, UNT, 1977. Doctor en Filosofía, Universidad de Friburgo, Alemania, 1984. Profesor Titular de Filosofía de la Historia, UNT, 2000; Profesor Adjunto de Metafísica, UNT, 1998. Profesor Titular de Historia del Pensamiento Filosófico, Filosofía Moderna y Filosofía Contemporánea, UNSTA, a la fecha. Profesor de Postgrados, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (UNT), Ciencias Económicas (UNT), Filosofía y Letras (UNT), Facultad de Ciencias Económicas (UCSE), Facultad de Humanidades (UNAltiplano, Puno, Perú).

Fue investigador del CONICET de 1991 al 2000. Ha dirigido y dirige varios tesis de grado y postgrado en universidades nacionales y privadas. y participa activamente en política universitaria.

Es director del proyecto de investigación “Dios y Política” que realiza en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNT (2001-2003). En el marco del mismo se está desarrollando el Seminario “Paideia/Politeia –Reforma Educativa como Revolución Cultural: Una utopía necesaria. –Diálogos y disputas de política educativa y educación política”-. Seminario que se comenzó a dictar en la UCSE (Santiago del Estero, 2001) y que se convertirá en una maestría de Filosofía, Política y Educación en la UNSTA y en la UCSE.

Múltiples publicaciones en alemán y en castellano de las disciplinas que cultiva. Ensayista y autor de columnas periodísticas.

Miembro de la Sociedad Argentina de Historia, del Centro de Estudios In Veritatem; del Instituto Internacional Jacques Maritain, y del Centro de Estudios Regionales. Cofundador y codirector del Cine Club Universitario “La Linterna Mágica”.

Pasatiempos: ver cine, escuchar música y leer, leer y leer

Es hincha de Boca Juniors

**Revista PROFESIONAL**

**San Miguel de Tucumán, Noviembre del 2001**